

Dr. Steven Mathewson,
Predicación de narraciones del Antiguo Testamento,
Sesión 8: Narración de historias, entrada y salida

Soy el Dr. Stephen D. Mathewson, en una serie sobre la predicación de narrativas del Antiguo Testamento. Esta es la octava sesión: Narración, Introducción y Conclusión.

Esta sesión trata sobre la narración, la introducción y la conclusión del sermón. La introducción y la conclusión se refieren a la presentación del sermón, y la conclusión, por supuesto. Pero la mayor parte consistirá en volver a contar la historia, intentando contarla bien. Ya saben, cualquier historia puede aburrir o entusiasmar a la audiencia.

Lo que marca la diferencia es el narrador. Y los predicadores que aspiran a comunicar historias con estilo deben dominar el arte de contarlas. Así que ha llegado el momento de completar el bosquejo de tu sermón, y como dice Haddon Robinson, es hora de dar vida a lo que está por venir.

Como predicador, recuerda que tu tarea es predicar un sermón, no un esbozo. Un esbozo no es un sermón. Es como un esqueleto sin carne.

Entonces, ¿cómo se le da forma al sermón? Más importante aún, ¿cómo se le da forma para que el sermón sea más atractivo que insípido? Creo que una de las cosas que realmente puede ayudar es preparar un manuscrito del sermón. Con el tiempo, tal vez no lo hagas siempre, tal vez te conformes con un esquema más detallado, pero vale la pena escribir tu sermón palabra por palabra. He dicho que llevo casi 40 años en el ministerio pastoral y paso por ciclos.

La última vez que escribí un sermón palabra por palabra fue hace unos dos años, dos años antes de grabar este video. Durante aproximadamente 18 meses, fue una buena práctica para mí. Simplemente escribí todos mis sermones.

Redacté un manuscrito. No lo hice para memorizarlo. Lo ideal sería que ni siquiera lo llevaras al púlpito.

Más bien, escribir es a menudo una forma de pensar. No funciona para todos, pero creo que para la mayoría, mientras uno se esfuerza por encontrar las palabras adecuadas, mientras piensa en cómo organizarlas, realmente ayuda a la hora de reflexionar. Y por eso le doy tanta importancia a la preparación de un manuscrito para el sermón.

Con el tiempo, quizás decidas escribir solo la introducción y la conclusión. O tal vez haya un punto clave en el sermón donde pienses: "Necesito reflexionar bien sobre cómo expresarlo", y te tomes el tiempo para escribir un párrafo y decirlo con claridad. Pero te animo a que, al comenzar a predicar e incluso a lo largo de tu ministerio, retomes esta práctica de vez en cuando y escribas un sermón completo.

Ahora bien, cuando hagas eso, el truco está en escribir con un estilo oral. Es decir, imagina que alguien está sentado con una computadora portátil, escuchándote predicar y transcribiéndolo. Lo está escribiendo palabra por palabra.

O digamos que se graba, y tal vez alguien usa inteligencia artificial para convertirlo en una transcripción. Eso es realmente lo que se intenta crear. Así que, si eres profesor de inglés, o incluso profesor de seminario, estamos calificando un trabajo y tienes una oración incompleta, podrían penalizarla.

Pero a veces hablamos con frases incompletas, ¿verdad? Así que no pasa nada si hay alguna frase incompleta. El objetivo es que el texto suene como si hablaras tú, y eso ayuda. Te obliga a pensar bien en cómo vas a expresarte.

Lo que hago con el manuscrito del sermón es que nunca intento memorizarlo, pero lo leo la noche anterior al sermón al menos una vez, a veces un par. Preferiblemente, si pudiera leerlo una vez, como el viernes por la noche, y otra vez el sábado por la noche, pero normalmente con leerlo el sábado por la noche me basta. Al hacerlo, verás que lo interiorizarás.

No se trata de que lo memorices, pero lo interiorizarás y algunos detalles se te quedarán grabados. Algunas frases se te quedarán grabadas. Por eso te animo a que escribas un manuscrito para tu sermón.

Pero ¿qué incluye esa mezcla? ¿Cómo se desarrolla el bosquejo del sermón al escribirlo en un manuscrito? Bueno, en un sermón sobre una narración del Antiguo Testamento, como ya he mencionado, la tarea principal, la táctica primordial, será contar bien la historia, o mejor dicho, recontarla bien. Ahora bien, aquí es donde se complica un poco, porque recordemos que los autores de las historias del Antiguo Testamento las narran con un estilo bastante sobrio y conciso. No se encuentran frases superfluas.

Cada detalle tiene un propósito. No te dan muchos detalles adicionales para intentar pintarte la escena. Pero creo que tú y yo quizás tengamos que hacerlo al difundir estas narrativas.

La clave está en encontrar el equilibrio entre economía y detalle. No queremos caer en el otro extremo y recurrir a descripciones recargadas, ni describir al personaje como lo haría un escritor moderno, ni describir una escena de esa manera. Es decir,

la tentación es añadir demasiados detalles y descripciones, buscando la elegancia en lugar de la sencillez.

Una forma de lograrlo es leer a buenos narradores. Para empezar , lee a un novelista clásico. Te recomiendo encarecidamente que leas a Ernest Hemingway, ya que era muy bueno escribiendo con un estilo conciso.

Usaba verbos fuertes y no abusaba de los adverbios y adjetivos. Sus oraciones eran más cortas, pero también variaba su vocabulario. Y sí, es ese tipo de persona; hay muchos otros autores que podrías leer.

Pero les recomiendo especialmente que lean descripciones creativas de historias, cultura o personajes del Antiguo Testamento. Un buen punto de partida sería el libro de Eugene Peterson sobre la vida de David, titulado «Espiritualidad terrenal».

Y él ejemplifica el tipo de narración, el tipo de descripciones que creo que los predicadores pueden usar. Permítanme leerles su descripción del encuentro de David en el desierto, cuando se topó con el rey Saúl en la cueva cerca de En-Gedi. Así es como lo describe.

Dijo que David y algunos de sus hombres estaban escondidos en una cueva excavada en los acantilados sobre el Mar Muerto. Por cierto, ¿ se fijaron en la expresión? Excavada en los acantilados sobre el Mar Muerto. Es una expresión sencilla, pero muy vívida, ¿verdad? Dice que el día es caluroso y la cueva es fresca.

Descansaban en lo profundo de la cueva. De repente, una sombra se cernió sobre la entrada y, asombrados, vieron que era el rey Saúl. No sabían que los perseguía tan de cerca.

Saúl entra en la cueva, pero no los ve. Aún expuesto al intenso sol del desierto, sus ojos no están acostumbrados a la oscuridad y no distinguen las figuras sombrías en los recovecos de la cueva. Además, en ese momento no los está buscando.

Entró en la cueva para hacer sus necesidades. Les dio la espalda . Ahora bien, no tienes tiempo para hacer eso en cada escena de una narración, pero creo que a veces podrías elegir una escena así y, para ayudar a tus oyentes a comprender lo que sucede, describirla.

Nótese que Eugene Peterson no usó un lenguaje florido, sino que simplemente describió lo que estaba sucediendo, describió la realidad . Usó su imaginación, pero es una imaginación limitada por los detalles del texto. Así que a veces lo que hay que hacer es pensar, bueno, aquí está David en una cueva, y Saúl entra en la cueva.

Bueno, ¿cómo es eso? Notarás que hablé de que la cueva está oscura, que los ojos de Saúl no se han acostumbrado a la luz y que David y sus hombres están al fondo. Solo tienes que describir esa escena, y para algunas escenas como esa, no necesitas investigar mucho. Puedes imaginarte cómo sería entrar en una cueva.

Otro libro que he usado a veces a lo largo de los años es el libro de James Michener, La fuente. Ese libro va y viene entre el relato ficticio de una excavación arqueológica. Déjame intentarlo de nuevo.

El libro de James Michener, La Fuente, alterna entre el relato ficticio de una excavación arqueológica en la Galilea occidental y las antiguas historias que rodean los artefactos descubiertos. Las primeras 373 páginas ofrecen imágenes vívidas de la historia judía hasta aproximadamente el año 605 a. C., especialmente de la vida cotidiana de las familias en Palestina, la agricultura y las prácticas religiosas cananeas. Su descripción del sacrificio infantil cananeo es realmente impactante, e incluso la he utilizado en mis sermones al predicar sobre textos que lo mencionan, para ayudar a la gente a imaginar cómo era aquello.

Volveré sobre eso en un momento. Pero en otro libro, este es más bien un libro de fantasía; el difunto pastor presbiteriano Frederick Buechner escribió un libro titulado Tesoros peculiares, un quién es quién bíblico, y ofrece estos breves e ingeniosos retratos de personajes que podrían despertar tu imaginación si quieres darles vida a estos personajes bíblicos. Y no es tanto que haya realizado mucha investigación histórica y cultural, ni que sea arqueólogo.

Estas descripciones son un poco más caprichosas, y probablemente no puedas usarlas todas. Por ejemplo, describe a Zaqueo en el Nuevo Testamento como un desastre social insignificante, con una gran cuenta bancaria y un trabajo turbio. Así que, como digo, eso no se basa en evidencia arqueológica.

Es que tiene una forma particular de describir las cosas. Así describe a Naamán en El Segundo Libro de los Reyes. Dice que Naamán era un general de cinco estrellas del ejército sirio y también leproso.

Su esposa tenía trabajando para ella a una pequeña esclava judía que mencionó un día que había un profeta llamado Eliseo en su tierra que podía curar la lepra tan fácilmente como un sapo cura verrugas. Entonces Naamán partió hacia Israel con una carta de presentación del rey y una maleta llena de dinero y le pidió a Eliseo que hiciera su trabajo. Eliseo le dijo que fuera a sumergirse en el Jordán siete veces, y después de algunos comentarios iniciales en el sentido de que había ríos en Siria que hacían que el Jordán pareciera un camino de vacas, Naamán fue e hizo lo que le dijeron.

Cuando salió, parecía sacado de un anuncio de jabón de palma y olivo. Naamán estaba tan agradecido que se convirtió al instante y metió la mano en su maleta para sacar unos billetes de cincuenta, pero Eliseo le dijo que era profeta de Yahvé, no dermatólogo, y se negó a aceptar ni un centavo. ¿No es gracioso? Ahora bien, ese es el reto.

¿Lo usas en un sermón? Porque a veces ese tipo de imágenes se te van de las manos, pero podrías adaptarlas. Por cierto, se nota que está un poco anticuado. Probablemente ya nadie sepa qué es el jabón de aceite de palma, pero se entiende la idea.

En el libro al que me referí anteriormente, que se titula «Saltar un muro: Espiritualidad terrenal para cristianos cotidianos», Eugene Peterson ofrece algunas reflexiones sobre la vida de David. Su interés principal en este libro es la formación espiritual, pero sus reflexiones realmente estimulan la imaginación de los predicadores que desean contar historias con maestría. Es un excelente escritor, así que quiero leerles su descripción de Shammah y la historia de la unción de David en 1 Samuel 16.

Shammah era solo uno de los hijos, y esto es lo que cuenta. Shammah era un niño refinado y sofisticado, vestido con jeans Calvin Klein y botas vaqueras de piel de cocodrilo. Apenas podía cruzar la calle sin mancharse las botas con la lana de las vacas cuando vivía en el remoto pueblo de Belén.

Mezclarse con toda esa gente común, sus juegos vulgares y sus entretenimientos groseros era una tortura para él. No sabía qué tramaba Samuel, pero parecía que aquello podría ser la clave para una vida mejor, llena de cultura y buen gusto. Sin embargo, Samuel lo despidió con un simple movimiento de cabeza.

Ahora bien, ese ejemplo plantea la pregunta: ¿deberían los predicadores usar un lenguaje coloquial, sobre todo uno que incorpore imágenes modernas a la historia? Creo que podemos hacerlo siempre que nuestra exégesis sea limitada e informativa, y siempre que no abusemos de él. Es decir, creo que la gente entiende lo que hacemos, pero al igual que con el humor excesivo, si se usa demasiado, puede resultar contraproducente. Así que hay que decidir qué funciona, pero a veces añadir un poco de humor y describir a Shammah de esa manera le da vida.

Y te das cuenta de que en cada uno de estos hermanos hay algo que Samuel no ve. No son la persona adecuada para ser el próximo rey de Israel. Cuando pintas escenas como las que leí antes, tienes que hacer una investigación histórica y cultural exhaustiva, y ahí es donde los buenos comentarios te serán de gran ayuda.

Lo mismo ocurre con los diccionarios y enciclopedias bíblicas. Yo uso con frecuencia atlas bíblicos e incluso libros de arqueología. Estos libros proporcionan los detalles concretos y ayudan a que tu imaginación se ajuste al texto bíblico.

Esa es la clave. Por ejemplo, cuando prediqué sobre Josué 3, investigué durante media hora sobre el valle del Jordán. Leí algunos libros sobre geografía bíblica, y esta es la escena que imaginé.

Lo describí así: cuando los primeros rayos del sol se asomaron por encima de la meseta montañosa e iluminaron el valle del Jordán, el aire ya estaba cargado de humedad. Era primavera en esta grieta geológica en el sótano de la tierra, un valle hundido entre dos fallas, a unos 300 metros bajo el nivel del mar.

Miles y miles de israelitas se preparaban para entrar en la tierra prometida, pero cruzar el valle en esta época del año es prácticamente imposible. Un río lo atraviesa. No el Río del Viejo, que serpentea y fluye tranquilamente, sino el Río del Viejo Furioso.

El Jordán no es un río particularmente ancho, pero en primavera, el deshielo lo convierte en un torrente furioso que desciende con fuerza por la grieta del valle. Es un caos crecida de color marrón chocolate, que arranca trozos de acantilado mientras serpentea, se retuerce, escupe y se agita violentamente. Pero Israel tendrá que cruzarlo para obtener la tierra que Dios le prometió.

Ahora bien, si me permiten criticar mi propio párrafo, creo que hay un lenguaje un tanto recargado, un poco demasiado descriptivo. Quizás la expresión «grieta geológica en el sótano de la tierra» sea un poco exagerada. Son cosas con las que uno tiene que lidiar.

Pero fíjate en lo que hice, intenté describirlo, pintar un cuadro, porque cuando la gente llega al río Jordán, sí, tenemos que cruzar el río Jordán, tus oyentes lo entienden. Pero no creo que se den cuenta de que, oye, esto fue en primavera, es un río pequeño, pero he visto lo que pueden hacer los ríos pequeños. Cuando viví en Montana durante años en primavera, algunos de esos ríos pequeños que literalmente podías vadear, no te atreverías a hacerlo en primavera, o podrías ser arrastrado y perder la vida.

Así que intento visualizar una escena, no para parecer ingenioso o gracioso, sino para ayudar a mis oyentes a adentrarse en la historia, a ver lo que vieron los israelitas y a sentir el desafío al que se enfrentaron. Bien, otra cosa que debemos hacer es seguir los elementos estilísticos establecidos. Los narradores de nuestra cultura han desarrollado un estilo que atrae a los lectores, o a los oyentes, hacia la historia.

Entiendo que algunas cuestiones dependen de las preferencias personales, pero existen reglas básicas que debemos seguir al predicar y al contar historias. Una de ellas es usar palabras concretas y específicas. No puedo enfatizar esto lo suficiente.

En lugar de decir «David va al frente de la cueva», podrías decir «David se arrastra hacia el frente de la cueva». O en vez de decir que fulano golpeó a otro personaje, podrías usar una palabra como «golpeó» o «apuñaló». A veces, consultar un diccionario de sinónimos en línea puede ayudarte a salir de un bloqueo verbal, pero asegúrate de usar la palabra adecuada.

A veces, si intentas realzar un sustantivo como roca con un modificador como grande, es una tentación, ¿verdad? No, usa una palabra como peñasco. Y en lugar de flores, no hay nada de malo en esa palabra, pero elige la designación apropiada, como margaritas, lirios o rosas. Recuerdo una vez predicando sobre 1 Samuel 17, y quería describir el valle de Elah, así que me tomé un tiempo para describir, para aprender qué tipo de flores habrían florecido, flores silvestres habrían florecido en ese valle, y lo agregué a mi descripción.

Así que probablemente pasé 10 minutos buscando una sola palabra. No puedes hacer eso con todo, pero siempre debes estar atento, y por eso un manuscrito es útil. Ve a tu manuscrito y verás una descripción como olor desagradable.

Dices: «Bueno, ¿qué tal la palabra hedor?». O en lugar de comida, ¿qué tal pan de maíz, higos o uvas? Asegúrate de que eso es lo que el personaje de la historia habría comido, ¿de acuerdo? Alarma o terror podrían funcionar mejor que gran miedo. Esto nos lleva a otra sugerencia: evitar los modificadores excesivos. Algunos comunicadores usan adjetivos y adverbios para compensar la debilidad de los verbos y sustantivos.

En esto Ernest Hemingway era un maestro. Aprendió a desconfiar de los adjetivos. Más adelante, Carl Sandburg, otro gran escritor, escribió: « Desconfío de los adjetivos más que nunca en toda mi vida».

Y por eso los adjetivos como bien, mal, bueno, grande, agradable suelen fallar, porque son demasiado generales. Ahora bien, entiendo que el Antiguo Testamento usa a menudo la palabra hebrea tov, que significa bueno, y eso está bien. Pero en muchas de nuestras descripciones, debemos tener cuidado de no recurrir simplemente a modificadores, sino a palabras más contundentes.

Así que ese es un consejo muy importante mientras trabajas en esto. Además, una tercera sugerencia que haría es eliminar los elementos que apagan el diálogo. Y me refiero a la voz pasiva, que le quita toda la vitalidad o el vigor al texto.

Recuerda que un verbo pasivo recibe acción y, en inglés, suele ir precedido de is, was, were o has been. Así, si hablamos de Goliat, podríamos decir que la frente de Goliat fue golpeada por una piedra lanzada con la honda de David. Pero si usas verbos activos, la oración tendrá mucha más fuerza.

Dirías que David lanzó una piedra con su honda y golpeó la frente de Goliat. Hay una gran diferencia, ¿verdad? Así que, revisa tu manuscrito y comprueba si hay verbos en voz pasiva. De hecho, ahí podrías usar la IA.

Siempre debemos tener cuidado de no usar la IA para pensar por nosotros. Pero una vez que hayas reflexionado, digamos que tienes un manuscrito, introdúcelo en la IA y hazle preguntas específicas. Debes darle la instrucción correcta.

Digamos que señala cualquier verbo en voz pasiva. Y lo hará. Y puedes mirarlo, y tal vez haya uno o dos lugares donde dirías: Realmente tuve que usar un verbo en voz pasiva.

Está bien. Pero creo que también encontrarás algunos lugares donde, oh, si lo cambias y lo haces activo, podría marcar esa oración. La frente de Goliat fue golpeada por una piedra que había sido lanzada desde la honda de David.

Y si lo señala, si lo observas durante unos segundos, podrías decir: «Vale, voy a ponerlo en práctica». Así que David lanzó una piedra con su honda y golpeó la frente de Goliat. Y el impacto será mucho mayor.

Por cierto, el término «ahí» puede entorpecer la prosa y ralentizar la narración. En lugar de decir: «Había algo irónico en las instrucciones de Cicerón a Juan Pablo II», simplemente di: «Las instrucciones de Cicerón a Juan Pablo II rezumaban ironía». ¿Notas la diferencia? Así que, si introduces el manuscrito de tu sermón en un servicio de IA, te lo indicarán.

Y luego, pensándolo un poco, puedes cambiarlo a activo. Y es mucho más poderoso. Y acabo de romper mi regla, mucho más poderoso.

¿Ves lo que hice ahí? Eso es precisamente lo que queremos evitar en nuestros sermones y en nuestra comunicación. Es muy fácil caer en ese error tanto al hablar como al escribir. Por eso debemos estar atentos.

Cuarto, evita ser demasiado ingenioso. Ya lo he mencionado, pero vale la pena repetirlo. Es decir, demasiadas palabras y descripciones creativas tienen el mismo efecto que demasiado jarabe de arce en tus panqueques.

Si es que existe tal cosa. No lo sé. Me gusta mucho el jarabe de arce , pero lo entiendo .

Demasiado es demasiado. Y la tentación es exagerar en nuestras descripciones. En nuestro afán por evitar palabras trilladas, esto suele ocurrir al describir diálogos.

Y en lugar de simplemente decir «Goliat dijo», tal vez suene demasiado simple, preferimos decir «Goliat bramó». Y eso podría funcionar una vez. De hecho, podría ser la mejor opción.

Pero si sigues usándolo, será excesivo. De hecho, quizás el grito de Goliat lo expresaría con mayor eficacia. Número cinco: muéstrale al lector en lugar de contarle.

Lo que se busca es que los lectores saquen sus propias conclusiones o sientan algo por sí mismos, en lugar de simplemente contárselo. Por eso, en vez de decir que Goliat era un hombre enorme, o incluso que era un Hulk increíble, eso está bien. Funciona.

Pero se podría decir que cuando Goliat se paraba en el umbral, llenaba todo el encuadre. O se podría decir que el sostén y la chaqueta de Goliat pesaban alrededor de 57 kilos. Y la punta de una lanza pesaba tanto como una bala de lanzamiento.

Ese es el tipo de cosas que hacemos. Y podrías decir: buenas noches. Yo simplemente no pienso así.

Bueno, ahí es donde volvemos a lo que sugerí antes. Lee a personas que utilizan imágenes vívidas, ya sea que describan escenas bíblicas o no. Y eso se integrará a tu forma de pensar y, por ende, a tu forma de hablar.

Así que siempre intentamos encontrar formas buenas y vívidas de decir las cosas. Además de volver a contar la historia, cuando predicamos, queremos dedicar tiempo a desarrollar imágenes. De alguna manera, ya lo hemos estado haciendo.

Queremos crear imágenes en la mente de nuestros oyentes, porque las personas responden a las imágenes que se forman en su imaginación. Por lo tanto, además de visualizar la acción de la historia, hay otras cosas que podrías necesitar visualizar para tus oyentes. Una de ellas serían las imágenes explicativas.

Aquí es donde hay un dato histórico y cultural que debes explicar. ¿Sabes cómo lo hacen muchos predicadores? Dicen: «En la antigua religión cananea», o peor aún, «déjenme darles algunos antecedentes sobre la antigua religión cananea». Eso solo consigue aburrir a la gente.

Hay una forma más efectiva: simplemente describir la escena. Como mencioné antes, leí el libro de James Missioner, La Fuente. En una ocasión, mientras predicaba sobre

Reyes, y había un rey israelita que practicaba el sacrificio de niños, quise ayudar a mis oyentes a imaginar el horror de aquello.

Quizás no parezca difícil, pero yo lo hice así. Les dije: imaginen llegar a casa después de un día de trabajo en sus olivares y encontrarse con los sacerdotes del pueblo. Ellos les dan la terrible noticia que ustedes y su cónyuge temían.

Las estrellas indican que seremos atacados desde el norte por un ejército más numeroso que antes. Es esencial tomar precauciones y tener una lluvia de soles mañana. Con un tinte rojo obtenido de la orilla del mar, tiñen las muñecas de tu bebé y luego te indican que detengas tus sollozos.

Esa es una posible manera de hacerlo. De nuevo, si volviera a trabajar en ello, tal vez lo haría. Creo que últimamente me preocupa ser demasiado florido, usar descripciones demasiado vívidas.

Pero creo que describir una escena así podría ayudar a la gente. Creo que cuando oímos hablar de sacrificios infantiles, simplemente no lo asimilamos. Y fíjense que no describí el sacrificio en sí, sino los acontecimientos que lo precedieron, para intentar que la gente entienda que esto era algo que temían quienes practicaban religiones paganas.

Y si esto se practicaba en Israel, lo cual sabemos que sí por la forma en que la religión cananea se arraigó, esto es lo que la gente habría experimentado. Por cierto, les ruego a los predicadores que nunca, jamás, digan: «Permítanme darles algunos antecedentes para que comprendan la historia que vamos a ver hoy». Eso, repito, es solo una manera de aburrir a los oyentes.

Toma esa información de fondo y cuéntala como parte de la historia. Esa es una de las habilidades, y puedes permitirte dar mucha información de fondo sin problemas. Cuando la cuentes como una historia, tendrás personas atentas que te escucharán y no se darán cuenta de que lo que les estás contando se basa en la investigación que has realizado en diccionarios bíblicos.

Pero si simplemente te paras ahí y lees un párrafo de ese diccionario bíblico, por muy útil que sea, aburrirás a tus oyentes, y no se imaginarán lo que está sucediendo en la narración que intentas contar. Estarán pensando en qué van a comer. También sugiero que pensemos en imágenes de aplicación.

Creo que necesitamos pintar imágenes de cómo se ve la verdad, plasmada en la mente de quienes nos escuchan. Jamás olvidaré haber asistido a los alegatos finales de un juicio por asesinato en nuestra comunidad. Un joven fue juzgado por homicidio intencional por la muerte a tiros de un amigo de toda la vida, y lo que me fascinó fue

que tanto el fiscal como el abogado defensor, en sus alegatos finales, contaron historias.

Cada abogado elaboró una versión de la participación del acusado en el asesinato, y lo que me pareció fascinante es que omitieron gran parte de los datos técnicos que habían presentado anteriormente en el juicio. No recurrieron a los informes balísticos, al análisis de las manchas de sangre realizado por el laboratorio forense, etc. Simplemente pidieron al jurado que actuara basándose en su versión particular del crimen.

Y creo que los predicadores deben seguir el mismo enfoque. Cuando hablamos de la aplicación práctica, creo que debemos mostrar a la gente cómo se ve. Por ejemplo, aquí hay una imagen que muestra cómo Barak afrontó su situación particular cuando nos enfrentamos a la nuestra.

Situaciones que nos exigen tener valor. Así lo describí en un sermón. Dije que es fácil dudar, como hizo Barac ante los mandamientos de Dios.

Dios le ordenó a Barac que dirigiera al ejército israelita contra el ejército de Jabín. Para ti, tal vez Dios te llame a proclamar el evangelio y reconocer a Jesús ante las personas que te rodean, pero te resistes a hablar, sabiendo que pondrías en riesgo tu seguridad o, al menos, tu comodidad. O quizás te cueste disciplinar a tus hijos para instruirlos en el camino de la sabiduría.

Dudas en poner límites al consumo de redes sociales de tus hijos. Te falta el valor para decir que no puedes descargar esa aplicación en tu teléfono inteligente. ¿Ves lo que hice? En lugar de simplemente decir: "Sabes, tenemos que aplicar esto en nuestra vida familiar", o "Tenemos que aplicar esto al disciplinar a nuestros hijos", o "Al proclamar el evangelio".

Es cierto, pero me tomó unos segundos, no mucho tiempo, pero me tomó unos segundos para crear una imagen. Y esto es lo que yo llamaría una imagen de aplicación, que describe la situación a la que se enfrentarán sus oyentes. ¿Qué hay de las ilustraciones, las citas u otra información objetiva? Honestamente, creo que los sermones sobre las narrativas del Antiguo Testamento no necesitan depender demasiado de ilustraciones, citas o estadísticas, o al menos usamos esos materiales de manera diferente.

En cuanto a las ilustraciones, la historia que cuentas tiene su propio peso. Hay que tener cuidado; si interrumpes la historia con una ilustración larga, te resultará contraproducente. De hecho, casi nunca uso historias como ilustraciones cuando predico.

Si estoy predicando sobre Jueces 17 y 18, no voy a decir: "Hace años, Abraham Lincoln, cuando llegó al río Fox , bla, bla, bla, bla". No voy a hacer eso porque me desvío de la historia que estoy contando. Le quita energía e impulso, y no quiero eso.

Cualquier ilustración que vaya a usar tiene que ser concisa. Por ejemplo, si estoy predicando sobre Jericó en Jueces capítulo 6, después de leer o describir la estrategia militar en la que la gente simplemente iba a marchar alrededor de la ciudad durante siete días, que no iban a participar en batalla, podría decir: "Sabén, no hace falta ser un experto en batallas militares para ver lo extraña que es esta estrategia. Es casi como si un entrenador le dijera a su equipo de baloncesto: este es el plan de juego.

Quiero que salgas y tengas el balón durante los cuatro cuartos. ¿Te das cuenta de lo rápido que fue? No fue una demostración larga y tediosa. No conté ninguna historia sobre Phil Jackson entrenando a Michael Jordan ni nada por el estilo.

Fue algo casual, casi de pasada. Solo fueron un par de frases, y eso es todo el tiempo que tendremos para eso. En cuanto a las citas, por lo general, las reservo para la introducción o la conclusión de un sermón.

Repito, no quiero interrumpir el ritmo de la historia que estoy contando. Si hago algo, podría usar una analogía, como hice en Josué 6, para que la gente, si les explico algo que les parece extraño, pueda compararlo con algo actual y digan: "Ah, sí, de acuerdo, lo entiendo". Eso es algo que queremos hacer.

Ya hemos hablado de la información sobre las facciones y, de nuevo, de cómo tomar esa información y contarla como una historia para que los oyentes no se abrumen. Ahora bien, ¿cómo se introduce y se concluye un sermón sobre una narración del Antiguo Testamento? Y lo primero que diría para ambos casos es que este no es el lugar para introducciones o conclusiones largas. Lo que se busca es entrar de lleno en la historia.

Haddon Robinson solía decir que una buena introducción a un sermón genera interés, despierta la necesidad de escucharlo y luego orienta a los oyentes hacia el texto. Y creo que eso es lo que buscamos al introducir un sermón narrativo del Antiguo Testamento. Podríamos comenzar con una cita.

Podrías empezar con una anécdota muy breve. Repito, no usaría una historia completa, porque competirías con la historia bíblica. Pero empieza con algo que despierte interés, que genere la necesidad de un sermón.

Podrías comenzar un sermón sobre la idolatría, y tal vez usar la cita de Juan Calvino sobre cómo el corazón humano es una fábrica de ídolos. Podrías empezar diciendo que es un problema hoy en día, y señalar a la gente que Jueces 17 y 18 mostrarán

por qué debemos preocuparnos por la idolatría. Ya sabes, ¿cuáles son los efectos negativos? ¿Qué tipo de daño causa la idolatría? Y luego contamos la historia.

Decimos que la historia responderá a esa pregunta. Ya la contamos. Fíjense que no revelé la idea principal, pero di un adelanto suficiente para que la gente sepa de qué trata esta narración.

Sí, lo sé, la gente está interesada en la historia, y si empiezas a contarla, te escucharán. Pero creo que es buena idea empezar no solo para despertar el interés, sino también para generar una necesidad. Cuando terminen con la introducción a esta narración, quiero que piensen: «Quiero escuchar esta historia».

De hecho, necesito escuchar esta historia porque va a tratar un tema con el que tengo dificultades. Eso es lo que puede lograr una buena introducción. Por cierto, podrías empezar con lo que llamamos una apertura impactante.

Podrías simplemente adentrarte en una de las escenas de la historia y empezar a describirla, y luego, de alguna manera, tienes que retroceder y decir: «Esto forma parte de la historia que estamos viendo hoy», o «Este es el lío en el que se mete nuestro personaje». ¿Y sabes qué? Hoy nos metemos en el mismo lío. Por eso necesitamos escuchar esta historia. Eso es precisamente lo que intentamos hacer.

Y luego la conclusión, de nuevo, debe ser breve. Llegas a ese punto culminante, ese momento de revelación, piensas que harás alguna aplicación, y entonces habrás terminado. Y tal vez una cita, tal vez una breve ilustración al final unifique las ideas, pero este no es el momento para una aplicación larga y extensa ni nada parecido en tu conclusión.

Simplemente aterricen el avión. Si alguna vez han volado, conocen la frustración que se siente cuando saben que ya casi es hora de aterrizar, pero intuyen, o tal vez el piloto incluso les diga, que están dando vueltas alrededor del aeropuerto, que hay mucho tráfico aéreo y que están esperando su turno, y eso resulta frustrante. Creo que a veces las conclusiones de los sermones son así.

Por eso te aconsejaría que escribieras tu conclusión en forma de manuscrito para que sepas exactamente lo que vas a decir, porque ¿sabes lo que pasa si no lo haces? Ya me ha pasado antes. Empiezo a aterrizar y no me parece del todo bien, así que doy otra vuelta. Aterrizo de nuevo.

No parece correcto. Sigues hablando porque no sabes cómo parar. Así que asegúrate de que tanto tus introducciones como tus conclusiones sean breves, y con eso, es hora de ponerte de pie y predicar.

Ya tienes tu manuscrito listo. Sabes cómo desarrollarlo. Es hora de ponerte de pie y predicar, así que la próxima vez, en la próxima sesión, hablaremos sobre cómo dar ese sermón de manera efectiva.

Les habla el Dr. Stephen D. Mathewson en su serie sobre la predicación de narraciones del Antiguo Testamento. Esta es la octava sesión: Narración, introducción y salida.